

2^a parte

Sus chicas
Las chicas
Las señoras
Las mujeres

Las mujeres piensan más en el amor
que en el sexo.
Los hombres piensan más en el sexo
que en el amor.

-¿Discípulas? ¿Quién dijo que yo tengo discípulas? Si mis chicas fueran mis discípulas les haría pasar un examen, y no dude que a muchas las suspendería. O sea, que quedaría como una mala profesora. Me canso de repetirles las cosas, cuarenta o cuarenta mil veces, da igual: como si hablara a una pared.

La Sra. Rius se queja con suavidad, porque ella no se enfada nunca, o al menos no trasluce sus enfados, que en cualquier caso se diluyen como azucarillos, cuando tiene que defender a las chicas delante de los Sres.. ¡Ah, entonces! Deja de lado cualquier diferencia, cualquier rencilla, y se pone en guardia como una leona que no tolera ninguna broma con sus crías.

-Hoy, los jóvenes, chicos y chicas, no están acostumbradas a recibir consejos -le recuerdo-. Usted y yo somos de una generación en que los padres pura y simplemente ordenaban; ahora ya ni se atreven a dar consejos.

En el oficio, el viejo oficio, ella lo repite una y otra vez, no hay manual de instrucciones, no existe ningún texto educativo, ¡sí, sí, educativo!, que determine las pautas de comportamiento; todo se ha de aprender sobre el terreno, con la práctica. Por tanto el aprendizaje debería ser obligatorio, igual que ocurría con los oficios artesanos hace pocos años. Y pone un ejemplo: ¿Querías ser dependienta? Pues empezabas regando la acera, sobre todo el frontal del escaparate para que quedara como una patena; luego, limpiabas los cristales, barrías la tienda, llevabas las compras a domicilio, y así ibas ascendiendo hasta que te consideraban preparada para ayudar en el mostrador, un paso más, pero no el definitivo.

-Con ese sistema de empezar desde abajo se conseguían grandes profesionales, que desde que eliminaron la figura del aprendiz ya no existen -apunta ella.

-Pero al viejo oficio las chicas llegan ahora con unos conocimientos enormes, conseguidos gracias a sus experiencias o las que cuentan sus amigas, a través de la tele o de internet; el caso es que empiezan en la más tierna pubertad y ya no paran. Hoy, no hay en el mundo otro trabajo con tantas practicantes ni con tantas horas de vuelo.

-No me diga esas cosas, que me sulfuro. Usted sabe que estoy en contra de tanto libertinaje. Usted es un perverso, señor Peiró.

Liberal o liberalote sí soy, y las mozas de ahora, mucho más que yo. Me gustaría alcanzarlas, situarme a su altura, pero los fantasmas acumulados pesan mucho en la gente de mi generación, e incluso en la de generaciones posteriores. Porque de pronto las mujeres que están por debajo de los cuarenta, y en una proporción geométrica que se dispara conforme nos acercamos a la adolescencia, parecen haber dinamitado todos los tabúes. Y las del oficio, igual.

Las del oficio, antes, siempre tenían el ¡ay! en el cuerpo: “¿Y si el Sr. fuera mi padre, mi hermano, un vecino, un conocido?” Ahora no se lo preguntan, como si les importara un bledo, y se presentan ante cualquier desconocido sin ningún tipo de precauciones. Es la gran diferencia con las de hace tan solo veinticinco años: Tienen una mentalidad mucho más abierta, son más avanzadas o más lanzadas, y el viejo oficio lo ven como un trabajo normal, incluso como una panacea que permite ganar dinero con facilidad y poco esfuerzo, o eso creen. La libertad de movimientos y de horarios que han conseguido les permite todo tipo de movimientos, y con diecinueve o veinte años ya llevan un carrerón.

-Con algunas tengo la sensación de que ya se han acostado con más hombres a los veinte años, que señores me hice yo en toda mi carrera -dice ella.

Las reflexiones sobre las mujeres de ayer y de hoy siempre acaban conduciéndonos al tema central de nuestras conversaciones: el sexo de pago. Cuenta:

-En mi juventud, una mujer que tuviera una debilidad por amor pasaba a ser una cualquiera, y si quedaba embarazada, los primeros en castigarla eran sus padres, que la echaban de casa.

-...Y como la mayoría eran chicas pobres y sin estudios, las enterraban en vida -continúo yo, que por mi oficio de periodista del mundo de la noche y del espectáculo conozco bien la mentalidad de aquella época-. A partir de ahí, si querían vivir con desahogo no tenían otra salida que el sexo.

-Hoy, en cambio, una mujer, a los veinticinco o veintiséis años ya se ha ido a la cama con treinta o con cuarenta, se casa con el cuarenta y uno, vestida de blanco, y a nadie le parece mal, al contrario, la llenan de flores. Y a mí ese final feliz me parece fantástico, lo aplaudo sin reservas, pero aceptadas así las cosas, ¿por qué se meten luego con la prostitución?

Otra pregunta que plantea habitualmente a sus amigos y Sres.:

-O sea, que cuando una mujer acepta dinero de un señor por acostarse con él, eso es pecado, incluso un delito y merece castigo, pero si, por ejemplo, la llevan a cenar y le regalan una joya, y agradece el obsequio en la cama, ya no lo es. ¿Me explica usted la diferencia?

-La diferencia estriba en que la sociedad lo ha decidido así a manera de autodefensa -contesto.

-Claro. Si aceptar un regalo a cambio de sexo fuera pecado, o digámoslo claramente: fuera prostitución, en la lista entrarían infinidad de mujeres casadas que se acuestan con su marido sin amor y sin deseo, sólo por interés.

-En este caso, ¿a cuántas cree usted que tendríamos que inscribir en la cofradía?

-Entre las que llevan casadas más de diez años, muchísimas; de las jóvenes no me atrevo a hablar, aunque en los matrimonios de ahora veo tanto desenfreno que las inscribiría el mismo día de la boda. Por lo que se lee en Internet, se han puesto de moda las relaciones a tres y a cuatro...

-Estamos en plena guerra atómica del sexo, Sra. Rius -le digo riendo-. Ahora es fácil contactar con gente que busca las mismas cosas que nosotros, y ponerlas en práctica juntos. Pero ese tipo de relaciones, a tres, a cuatro, o a batallón, son viejas como el mundo.

-Cada vez tengo más claro que de sexo se habla mucho, aunque casi siempre mal o de manera equivocada. Es un mundo que la gente desconoce por completo, pero cuando lo descubre le gusta, casi diría que le fascina -apunta ella.

Desde la publicación del libro que cuenta su vida y su trabajo, no para de salir en televisión, y en consecuencia se han disparado las llamadas y visitas de chicas y señoras que quieren probar. Le explican que su imagen les ofrece confianza, y se han dado cuenta de que ese trabajo no es tan feo como lo pinta gran parte de la sociedad.

-De feo no tiene nada, incluso me parece divertido -afirma la mayoría.

-Pero yo no he dicho, ni voy a decir nunca, que acostarse con un señor sea un trabajo bonito -replica ella-. La verdad es que no

me parece ni bonito ni feo. Pero sí quiero que quede claro que muchísimas mujeres lo hemos realizado, y otras lo realizan ahora, con dignidad, sin hacer daño a nadie, sin perjudicar a nadie, pues en todas las ciudades del mundo hay docenas de casas que funcionan de una manera similar a la mía.

Nunca se planteó si el oficio le gustaba o no. Se metió en él porque era el único que le permitiría vivir sin la angustia constante de llegar desahuciada al treinta de cada mes, y es consciente de que su larga experiencia ha marcado de manera indeleble su manera de verlo y entenderlo.

De entrada advierte a las chicas que si quieren trabajar con ella han de pasar regularmente por el ginecólogo, y la primera visita, antes de empezar:

-¿Usted tiene coche, verdad?, y antes de salir de viaje revisa las ruedas, el aceite, el agua. Pues aquí igual. Primero tiene que ir al ginecólogo.

Pues no hay manera, la mayoría muestra una enorme reticencia a ir, y muchas chicas no han trabajado en su casa por ese motivo.

-Sólo me acuesto con mi marido.

-¿Y qué creéis, que a las casas como ésta sólo vienen los maridos de las otras? -les contesta muy firme.

Pero no entran en razón:

-Mi marido me es fiel -responden todas.

Tanta seguridad la exaspera:

-Y lo peor es que lo dicen convencidas.

Sobre el uso del preservativo también hay que ser consecuente:

-Usted dice que al margen de su marido todo lo hace con preservativo, me parece muy bien y por supuesto, para el acto, es obligado. Pero tenga en cuenta que los señores, en las degustaciones no lo utilizan casi nunca, y si ellos lo deciden, creo que es razonable aceptarlo.

Degustación es el nombre que da ella al noble arte de dar a una mujer el más exquisito de los placeres, que sus Sres. practican con sumo gusto y frecuencia. Es curioso, pero esa práctica nunca fue aceptada por el macho ibérico, que la considera indigna de su hombría. Cuenta, aunque sus referencias hay que buscarlas en las costumbres de hace medio siglo, que los andaluces siempre la rechazaban con horror en las casas de citas,

y por supuesto, no la practicaban en la intimidad del lecho conyugal, pues la esposa, de gozar con tales escarceos, no habría merecido tan honroso nombre, sino el de mujerzuela de todos. Por supuesto, jamás les preguntaron a ellas.

Pero éste no es un libro de relatos libidinosos y vamos a dejarlo ahí. En realidad, sólo pretendíamos explicar lo poco o nada que saben los hombres a la hora de dar gusto a una mujer, sea de cintura para abajo o de cintura para arriba. Su obsesión por los pechos, y sobre todo por los pezones, es tan monumental como su desconocimiento a la hora de acariciarlos. Se embarullan en el momento mismo de desabrocharle el sujetador a su pareja, hasta el punto de que siempre acaban quitándoselo ellas, y ya con los pechos a vista no pasan de groseros manoseos.

-De todos modos, sus caricias pueden ser poco seductoras, pero al menos no son dolorosas -explica ella-. Lo que no hay que permitirles nunca es que, en la degustación, además de la lengua pongan los dedos, y muchos tienen esa costumbre. Creen que con sus dedos pueden provocan en las chicas grandes sensaciones, y yo les advierto constantemente: Os equivocáis, sólo conseguís hacerles daño.

Así es en la mayoría de los casos. Y si ellas no se sienten bien tratadas, pues les hacen daño, no se creará el *feeling* necesario.

-Para que tengan sensaciones hay que esmerarse mucho en el modo de acariciarlas, y demostrarles, además, que su entrega merece nuestro respeto.

-¿Quiere usted decir que el dinero no es suficiente, aunque sea una cantidad generosa? -pregunto.

-Nunca. En el acto sexual, la generosidad siempre la ponemos nosotras, y por tanto, el hombre tiene que tratarnos con respeto. El respeto es tan importante o más que el dinero. Ese es un detalle que las mujeres tenemos muy claro.

Otra norma de la casa, resultado de su experiencia en el oficio:

-Aquí no se hace el griego.

-¿No? ¿Por qué? A mí no me importa -contesta la mayoría de las chicas, incluso con extrañeza.

Piensan que es una observación trasnochada, ya que hoy se practica con la mayor naturalidad. Ella reconoce que es una manía, posiblemente absurda; pero en sus años de oficio no lo permitió nunca, y por ese motivo lo rechaza de antemano,

aunque luego, si la chica lo acepta cuando está en la habitación, no quiere saberlo.

Paloma, por ejemplo, confiesa sin ambages que le encanta y procura practicarlo con frecuencia, aunque sólo con quien le apetece. Tenía un Sr. fijo que venía ex profeso desde las Tierras del Ebro, doscientos kilómetros de ida, doscientos de vuelta, para estar con ella. Un día, vete a saber por qué, las chicas son así, se le cruzarían los cables y no se lo permitió. El hombre salió echando chispas, y dijo de ella todo lo malo que se puede decir de un ser humano.

-Siempre advierto que aquí no se hace el griego, y cuando usted ha entrado ya lo sabía -le cortó la Sra. Rius-. Si dentro la chica se lo permite yo no puedo saberlo, pero lo hace porque quiere, y por el mismo motivo hoy se ha negado. De todos modos, en esta casa es un número prohibido.

No volvió. Pero quien perdió el Sr. fue Paloma, pues ella nunca aceptaría a una persona que pide números no incluidos en las normas.

Una vez más, la situación se producía porque las chicas son muy suyas, y ésta más. Tanto, que alquiló un apartamento y se ponía desnuda delante de la ventana, como si fuera exhibicionista, que ella dice que no lo es, y unos chicos que vivían enfrente indagaron su teléfono y empezaron a llamarla con insistencia; como no contestaba, subieron a su piso y llamaron a la puerta. No les abrió, pero comentó muy indignada que iba a denunciarlos.

-Ni se te ocurra. Lo único que vas a conseguir es que se rían de ti, o algo peor.

-¿Acaso no puedo pasearme desnuda por mi casa? -contestó Paloma, con cara de bajar del huerto.

-No digas tonterías. Sabes muy bien en qué país vives, y no puedes llegar a esos extremos de provocación.